

La oralidad escrita del saber: Aulo Gelio y Michel de Montaigne¹

Francisco García Jurado
Universidad Complutense

1. Introducción. Lo oral frente a lo escrito

En su ameno e intenso libro titulado *La invención de la literatura*, Florence Dupont propone que la oralidad y la escritura en la antigua Grecia presentan una naturaleza simbólica distinta, de acuerdo con la cual cada una se destina a diferentes usos:

(...) la historia de los signos gráficos no es la de una técnica, sino la de los diferentes papeles que cada civilización ha podido decidir confiar a una memoria objetivada en inscripciones de naturalezas distintas. Por ejemplo, las tablillas descubiertas en Creta o en Pilos, archivos de los almaceneros reales, no son los ancestros balbucientes de las leyes o de los poemas de Solón (...). De manera global, la cultura griega poshomérica es tan oral como la de la Grecia homérica, y, al propio tiempo, escrita, aunque ambas lo sean de forma distinta. Hay que ir mirando caso por caso, dado que hay *escrituras* y *oralidades*, multiplicidad que se corresponde con funciones simbólicas distintas. Baste un ejemplo: no podríamos confundir la escritura-transcripción, que sirve para hacer hablar a las cosas mudas, a los objetos, a los muertos, al pueblo, con la escritura-inscripción, que sirve para registrar palabras vivas y conservarlas.²

Nos interesa sobre todo esta segunda modalidad, la de la «escritura-inscripción», destinada a preservar la «palabra viva». Este he-

¹ Este trabajo es la reelaboración de una ponencia titulada «La oralidad escrita del saber: Aulo Gelio y los orígenes del ensayo», presentada en el Congreso internacional «Formas de la Comunicación Literaria», celebrado en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid entre los días 17-19 de Noviembre de 2008. Por lo demás, el trabajo se inscribe en el Grupo complutense de investigación UCM 930136.

² F. Dupont, *La invención de la literatura*, Madrid, Debate, 2001, pp. 9-10 y 12.

cho es, cuando menos, cuestionable desde la perspectiva del mito platónico de Theuth (*Fedro* 274b-275e y *Filebo* 18b-d).³ Según este mito, la palabra «muere» cuando queda inscrita, es decir, una vez pierde su frescura como medio de intercambio oral. Frente a lo que podría creerse, esta palabra escrita no sirve como remedio contra el olvido, pues queda almacenada en un lugar ajeno a nuestra memoria. El salto cualitativo que se produce de los tiempos de Platón a los de Aristóteles es el que supone el paso de una mayor complicidad de lo oral con el medio escrito. El menosprecio que siente Platón por la palabra escrita como «palabra muerta» comienza a sentirse a partir de él como un mal menor frente al peligro de la pérdida del conocimiento si éste sólo se confía a la tradición oral. De esta forma, el mismo Platón rinde homenaje a su maestro Sócrates mediante el mito de la escritura como falso remedio contra el olvido, pero intenta plasmar por escrito la palabra de su maestro. Así las cosas, la sutil dialéctica entre la oralidad y la escritura queda perfectamente reflejada en una anécdota relativa a Alejandro Magno y su maestro Aristóteles que nos transmite Aulo Gelio ya en el siglo II de nuestra era. Gelio nos transcribe una significativa carta que Alejandro Magno envía a su maestro cuando se entera, siendo aquél ya dueño de Asia, de que el filósofo ha hecho publicar una parte de sus enseñanzas, precisamente las «acroamáticas», o las destinadas a la audición de su más selecto grupo de discípulos:

Se dice que el filósofo Aristóteles, maestro del rey Alejandro, tenía, entre los comentarios y disciplinas que transmitía a sus discípulos, dos tipos de libros. A unos los llamaba *exotéricos*, y a los otros *acroamáticos*.⁴ Los exotéricos eran aquellos que conducían a las medi-

³ Los pasajes donde Theuth aparece como inventor de la escritura han suscitado el interés de autores como J. Derrida («La pharmacie de Platon», en *La dissémination*, Paris, 1972, pp. 69-197), E. Lledó (*El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica, 1992²; *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe, 1998²), o L. Gil («Divagaciones en torno al mito de Theuth y de Thamus» en *Transmisión mítica*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 100-120 y *La palabra y su imagen. La valoración de la obra escrita en la Antigüedad*, Madrid, Universidad Complutense, 1995).

⁴ Gelio utiliza la voz *acroaticus*, a partir de la correspondiente voz griega, cuyo significado es el mismo que el del término *acroamaticus*, formado desde *acroama* -*atis*, es decir, algo agradable de ser oído. «Acroamático» es la única voz admitida por el Diccionario de la Real Academia Española con

taciones sobre retórica, a la capacidad de argumentar y al conocimiento de los asuntos civiles, los acroamáticos, por su parte, eran aquellos donde se trataba un saber más remoto y sutil y todo aquello que concernía a la contemplación de la naturaleza y las discusiones dialécticas. A la enseñanza de esta disciplina acroamática ya referida dedicaba la mañana en el Liceo y no admitía sin más a cualquiera, a no ser que hubiera tenido antes ocasión de examinar su ingenio, los contenidos de su erudición, disposición y entrega al estudio. Sin embargo, en el mismo lugar, pero ya por la tarde, disertaba sobre las disciplinas exotéricas, y éstas se las ofrecía a todo tipo de jóvenes. Así pues, a esta última la llamaba «paseo vespertino», mientras que a la primera la denominaba «paseo matutino», dado que en uno y otro caso la disertación la hacía paseando. También dividió sus propios libros, comentarios de todas esas lecciones, de forma que unos se llamaron *exotéricos* y los otros *acroamáticos*.

Mas, como Alejandro, que por aquel entonces dominaba casi toda Asia con el poder de su ejército y que al mismo rey Darío perseguía entre batallas y victorias, se enteró de que su maestro había editado los libros del género *acroamático* para el vulgo, a pesar de encontrarse ocupado en tan importantes empresas, envió una carta a Aristóteles para decirle que no obraba correctamente al publicar y divulgar tales disciplinas, aquellas en las que él mismo había sido instruido. Estas fueron sus palabras: «Pues, ¿podremos sobresalir de entre los demás en algún conocimiento si éstos que hemos recibido de ti se hacen en adelante materia común de todos? Ciertamente preferiría destacar en conocimiento que en recursos y magnificencia.»

Aristóteles le respondió de esta forma: «Has de saber que los libros *acroamáticos*, esos cuya publicación lamentas porque a partir de ahora no van a permanecer escondidos como arcanos, ni están publicados ni dejan de estarlo, ya que éstos sólo serán comprensibles para aquellos que nos han prestado atención.»⁵

Cabe preguntarse cuál es el significado último de esta anécdota en la obra de Gelio, y qué es lo que pierde el saber oral cuando se convierte en saber escrito. La anécdota aquí transcrita supone una conciencia de la diferencia que entre lo oral y lo escrito con la consiguiente primacía de lo primero, pues la oralidad, en este caso,

la siguiente definición: «Se dice del modo de enseñar por medio de narraciones, explicaciones o discursos». Se trata, por tanto, de una enseñanza basada en la transmisión oral.

⁵ Gel. 25,5, 1-9. Para la traducción cf. Aulo Gelio, *Noches áticas. Antología*. Introducción, selección, traducción y notas de Francisco García Jurado, Madrid, Alianza, 2007.

sería testimonio del contacto directo del discípulo con el maestro y dificultaría la difusión de su doctrina a terceros. Sin embargo, Aristóteles no ve peligro alguno en la publicación de sus enseñanzas más privadas, ya que al pasar a un soporte escrito reflejan únicamente un pálido e insuficiente reflejo de su palabra viva.

Aún así, la frontera entre el mundo de lo oral y el mundo de lo escrito no es, sin embargo, tan nítida como podríamos creer en un principio, ni tampoco conviene trazar un mero esquema valorativo de lo oral como algo esencialmente vivo y de lo escrito como algo esencialmente muerto. Estamos acostumbrados, por ejemplo, a asistir en los congresos a aburridas intervenciones, casi letales, donde el ponente se limita a leer con tono monótono un texto que está concebido para su lectura individual. Estos hechos suponen sin duda una intolerable invasión de lo escrito en el mundo de la comunicación oral, donde cabe hacer uso de otras estrategias para atraer la atención del público, ya que están codificadas por los antiguos maestros de oratoria. De manera inversa, hay textos escritos que dejan huellas vivas de una situación oral previa, e incluso textos que no dejan de ser, a pesar de su condición escrita, acicate para un ágil diálogo con supuestos lectores. En este sentido, es destacable la brillante lectura que Peter Burke ha hecho de los *Ensayos* de Montaigne en clave de diálogo.⁶ La explicación de los *Ensayos* a partir de una forma de comunicación propiamente

⁶ Es oportuno reproducir aquí el comienzo del artículo: «En mi opinión, aunque no soy el único que opina así, Michel de Montaigne hizo una importante contribución al arte del diálogo. Esta afirmación puede parecer extraña, puesto que sus famosos *Ensayos* son monólogos, dirigidos a lectores a quienes el autor no conocía personalmente. Es más, los ensayos se escribieron en un momento en que muchos diálogos -por no mencionar obras de teatro- aparecían impresos en Italia, Francia, Inglaterra y España. Famosos ejemplos españoles de este periodo incluyen *De los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León (1583), y *Diálogos de medallas* (1587), de Antonio Agustín. Igualmente, en su ensayo *De los libros*, Montaigne comete lo que llama el «sacrilegio» de describir los famosos diálogos de Platón como prolijos y aburridos. Por lo tanto, puede parecer que el autor rechazaba conscientemente la forma del diálogo con el fin de construir un nuevo género literario.» Cf. P. Burke, «Montaigne y el arte del diálogo», *ABCD las letras y las artes*, 865, 30 de agosto de 2008 (disponible en la dirección web <http://www.abc.es/abcd/noticia.asp?id=10194&num=865&sec=31> consultada del 15 de noviembre de 2008).

oral, si bien no presentada explícitamente como tal, supone, sobre todo, establecer una suerte de conversación con el lector (real o implícito) y con los propios autores precedentes (Burke señala el uso creativo de la cita ajena como un indicio de ese diálogo, idea deudora del teórico ruso Bajtín).⁷ Este diálogo constante entre autor y lector conlleva ciertas condiciones, entre las que cabe destacar el predominio del yo (la representación del autor como tema mismo de la obra no es un hecho casual o accesorio para comprender la naturaleza dialogística de los *Ensayos*) o la deliberada ausencia de un orden o esquema a la hora de abordar los diferentes asuntos que se van tratando. Esto último, además, es algo que ya está implícito en la propia naturaleza de la antigua miscelánea. Dice Burke que «Montaigne escribía con un estilo deliberadamente oral, conversacional», y es ahí, precisamente, en esta intención previa, de donde hay que partir a la hora de considerar esa compleja intrusión de lo oral en el mundo de lo escrito. El estudio comparado de algunos pasajes de los *Ensayos* de Montaigne y de las *Noches áticas* de Gelio⁸ puede ayudarnos a comprender esta difusa dualidad que proponemos entre lo oral y lo escrito. Queremos llevar a cabo una lectura conjunta de algunos pasajes escogidos para acercarnos a lo que podemos llamar «obras conversacionales». Sin recurrir ni Gelio ni Montaigne a maneras propias y explícitas del lenguaje coloquial (algo que sí hace, sin embargo, Platón en sus diálogos), cabe ver en ellas aspectos que responden a una conversación amistosa y culta que trasciende el propio tiempo de su escritura. Esta conversación se manifiesta de maneras diferentes, y el intento de estudiar ahora su articulación es lo que va a dar

⁷ «Sin embargo, es posible mirar los *Ensayos* desde otro ángulo. El gran crítico y teórico cultural ruso Mijaíl Bajtín enseña a sus lectores a escuchar diversas voces dentro del mismo texto, a oír el diálogo que se oculta tras lo que parece ser un monólogo, por ejemplo, en una novela, ya sea de Dostoyevski o de Dickens. Bajtín acuñó el término «heteroglosia» (raznoreie) para referirse a lo que él llamaba esta «mezcla de voces variadas y opuestas» dentro de una locución determinada. La mezcla puede adoptar varias formas, como la imitación respetuosa, la parodia irrespetuosa, la cita, la aparición de argumentos contrarios a la tesis principal del texto, y así sucesivamente.»

⁸ Para el estudio de la relación entre Gelio y Montaigne puede consultarse M. Heart, «Gellius in the French Renaissance», en L. Holford-Strevens and A. Vardi (eds.), *The Worlds of Aulus Gellius*, Oxford, 2004 (Reprinted 2008), pp. 282-317.

forma al presente trabajo. Cabe señalar tres aspectos que van a articular nuestra exposición:

- La conversación –inscrita– como recuerdo
- La conversación –imaginaria– con el lector
- La conversación –posible– con otros autores

Para ilustrar tales aspectos, en el caso de Gelio veremos el prefacio de las *Noches áticas* y otros pasajes donde queda reflejado el recuerdo de conversaciones y lecciones orales, sin perder tampoco de vista el curioso título de la obra y el uso de citas ajenas. Con respecto al segundo autor, recurriremos, a tres textos concretos: «Al lector», «De los libros» (II, 10) y «Del arte de conversar» (III, 8).

2. La conversación –inscrita– como recuerdo: la nostalgia de lo vivido

En otro lugar⁹ hemos intentado entrever un aspecto poco explorado dentro de la obra de Gelio: el reflejo de su nostalgia por Atenas y los años de juventud pasados en ella. En esa nostalgia se puede ver a menudo cómo se recogen ecos de conversaciones y lecciones (*auditiones*) pasadas. Salvar estas palabras orales del olvido implica también un esfuerzo de memoria. La escritura se utilizaría ahora como un consuelo de la nostalgia y remedio del olvido, y serviría, en palabras de Dupont ya citadas, como escritura-inscripción de una palabra viva. Así lo vemos en este recuerdo de un simposio o banquete celebrado en Atenas:

Esto es lo que hacían y observaban en Atenas aquellos que estaban más ligados al filósofo Tauro: cuando nos convocaba en su casa, a fin de que no acudiéramos, como suele decirse, inmunes y sin poner nada de nuestra parte, no reuníamos con vistas a la cena bocados para comer, sino cuestiones para plantear. De esta forma, cada uno de nosotros iba allí con asuntos ya pensados y dispuesto a plantear problemas, y el comienzo de hablar ponía término a la comida. Sin embargo, no se planteaban asuntos graves ni serios, sino ciertos entimemas graciosos y pequeños que estimulaban el ánimo, ya inflamado por el vino, como éste que voy a exponer, verdadero ejemplo de entretenida sutileza.

Se planteó el problema de cuándo se muere realmente al morir: si cuando ya se encuentra uno en la muerte como tal, o cuando todavía

⁹ F. García Jurado, «*Romae Graece*. Aulo Gelio, o la nostalgia romana de Grecia», en A. Sánchez Ostiz *et alii* (eds.), *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia. Un camino de ida y vuelta*, Pamplona, Eunsa, 2007, pp. 143-154.

se está en la vida. O cuál es el momento preciso de levantarse, cuando ya se está de pie, o cuando aún se está sentado. Y el que aprende un oficio, cuándo llega a ser un artesano, si cuando ya lo es o cuando aún no lo es. Si contestas que una de las dos posibilidades, será una respuesta absurda y ridícula, pero mucho más absurdo parecerá si respondes que son las dos posibilidades o ninguna.¹⁰

Estamos no tanto ante la transcripción de una amena charla entre diversos comensales como ante su evocación o recuerdo. Gelio, no carente de gracia, nos cuenta que el fin de la comida daba comienzo a la conversación (*eratque initium loquendi edundi finis*), quizá el manjar máspreciado de aquella cena. Por su parte, Montaigne también nos habla de sus conversaciones, y cree que el alma se vigoriza con su cultivo, mientras languidece con la lectura:

Es la conversación, a mi parecer, el más fructífero y natural ejercicio del espíritu. Hallo su práctica más dulce que la de cualquier otra acción de nuestra vida; y es este el motivo por el cual, si me viera ahora forzado a elegir, creo que consentiría antes en perder la vista que el oído o el habla. Los atenienses, y también los romanos, honraban mucho este ejercicio en sus academias. En nuestra época conservan los italianos algunos vestigios, como podemos ver si comparamos sus entendimientos con los nuestros. Es el estudio de los libros movimiento lánguido y débil que no enardece mientras que la conversación enseña y ejercita a un tiempo. Si converso con alma fuerte y duro adversario, atácame por los flancos, espoléame por un lado y por otro; sus ideas impulsan a las mías; los celos, la gloria, la emulación, me empujan y me elevan por encima de mí mismo, y es la unanimidad cosa muy tediosa en la conversación.¹¹

Tanto Gelio como Montaigne consideran la conversación como un hábil medio de aprendizaje. La escritura se convierte de esta manera en una suerte de mal menor, pálido recurso para transcribir ciertas experiencias vividas. Además, en el caso de Gelio este problema se agudiza por tener que trasladar al latín conversaciones o discursos que han tenido lugar originariamente en lengua griega. Esto no deja de suponer una doble codificación, de lo oral a lo escrito y del griego al latín.

¹⁰ Gel. 7, 13, 1-6.

¹¹ Montaigne, «Del arte de conversar» (*Ensayos* 3, 8). Para la traducción cf. Michel de Montaigne, *Ensayos completos*. Traducción de Almudena Montojo, Madrid, Cátedra, 2003.

3. La conversación –imaginaria– con el lector: representación del autor

No es posible tener una conversación con alguien a quien no podemos al menos imaginar o representarnos como una persona. En este sentido, tanto Gelio como Montaigne intentan aparecer ante sus lectores mediante una estudiada representación de sí mismos. Para el primer caso, ya el mismo título de la obra, *Noches áticas*, resulta toda una muestra de este arte de la representación. Es un título sorprendente, pues no se refiere al contenido del libro, sino a las circunstancias de su composición. En cierto sentido, recuerda a lo que ya hemos leído que hacía Aristóteles con respecto al momento del día en que impartía su enseñanza: un hecho aparentemente circunstancial da lugar a un título. Según James Ker,¹² la alusión a las circunstancias en que el libro de Gelio fue compuesto, precisamente durante la noche y en la soledad del estudio, supone ya un esfuerzo de representación del autor ante sus lectores, que pueden imaginarlo mientras estudia y recopila sus materiales:

Y, dado que comenzamos a disfrutar con la reunión de estos comentarios durante las largas noches invernales en la campiña ática, como ya dije antes, por ello les pusimos simplemente el título de *Noches áticas* (...).¹³

Montaigne habla también en su breve prefacio al lector de la intención consciente que le anima a componer su obra, y que no es otra que la de ser visto por sus lectores:

Si lo hubiera escrito para conseguir el favor del mundo, habríame engalanado mejor y mostraríame en actitud estudiada. Quiero que en él me vean con mis maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo ni artificio: pues píntome a mí mismo.¹⁴

Tampoco se nos escapa que la misma estructura de ambas obras, sin un orden aparente, presenta unas características cercanas a la de la propia conversación. Las conversaciones no siguen un orden sistemático, un guión preestablecido (otra cosa son las entrevistas, donde puede haber un esquema escrito que guíe la conversación). Por tanto, la miscelánea supone, como la conver-

¹² J. Ker, «Nocturnal writers in imperial Rome: the culture of *lucubration*», *CPh*. 99 (2004), pp. 209-242.

¹³ Gel. *Praef.* 4.

¹⁴ Montaigne, «Al lector».

sación espontánea o los modernos cuadernos de bitácora (blogs), una invitación a improvisar, incluso a elegir, como es el caso de los lectores de Gelio o Montaigne, que pueden abrir sus libros por donde les plazca. Esta libertad de elección no es circunstancial o ajena al contenido mismo de la materia tratada, decididamente asistemática, semejante a una amigable conversación.

4. Conversación –posible– con otros autores: diálogo o encuentro complejo

Tanto la obra de Gelio como la de Montaigne suponen lecturas previas con las que se entabla un diálogo metaliterario que va más allá del tiempo. Gelio lo hace con Platón, Virgilio, Séneca o Plutarco, y Montaigne, años más tarde, lo hará incluso con el mismo Gelio. Álvaro Muñoz Robledano nos ofrece algunas claves de este diálogo en su introducción a Montaigne:

José María Valverde aventuró una de las hipótesis más fascinantes que he hallado acerca de los *Ensayos*; según el maestro, el objeto de la magna obra de Montaigne no sería otro sino continuar el diálogo con La Boétie que la muerte, con tanta inoportunidad como mal talante, interrumpió. La escritura se adecuaría como única respuesta posible a las palabras del amigo, palabras escritas al fin y al cabo.¹⁵

La conversación con otros autores quedaría plasmada, según Burke, en la polifonía¹⁶ que constituyen las citas ajenas. Precisamente, tales citas pueden volverse en «provisiones» para la memoria, según Gelio:

Hemos hecho uso del mismo orden fortuito que ya antes habíamos seguido al recopilar los datos. De hecho, siempre que caía en mis

¹⁵ Á. Muñoz Robledano, «Introducción» a Montaigne, *Ensayos completos*, p. 21.

¹⁶ «Curiosamente, aunque Bajtin escribió un libro acerca de François Rabelais, otro escritor francés del siglo XVI, tuvo poco que decir sobre Montaigne. Y sin embargo, los ensayos de Montaigne ofrecen un excelente ejemplo de heteroglosia. Montaigne escribía con un estilo deliberadamente oral, conversacional. Como él mismo decía: «Je parle au papier comme je parle au premier que je rencontre» [Yo hablo al papel como hablo al primero con quien me tropiezo]. Él entablaba conversación o diálogo con cuatro interlocutores: con el «otro», consigo mismo, con escritores anteriores y con futuros lectores.» (P. Burke, «Montaigne y el arte del diálogo»).

manos algún libro griego o latino, o cuando tenía la oportunidad de escuchar algo digno de ser recordado, todo cuanto me era grato, del tipo que fuera, lo anotaba de forma desordenada y en mescolanza, y estas cosas las guardaba como apoyo de mi memoria, a la manera de provisiones para mis escritos, a fin de que, llegada la necesidad de recurrir a un asunto o palabra que había olvidado en ese momento, y a falta de los libros que me habían servido de fuente, fueran fáciles de encontrar y de extraer.¹⁷

La cita se convierte en recuerdo de una lectura, de la misma forma que la anotación («escritura-inscripción», según Dupont) es recuerdo de un testimonio oral. A este asunto de sus fuentes orales de información vuelve Gelio en otros pasajes, como cuando nos habla de cómo se dio prisa en apuntar todo cuanto su maestro Favorino había dicho contra los astrólogos:

No puedo decir si era para ejercer o hacer ostentación de su ingenio, o si acaso estimaba aquello como digno de ser juzgado con seriedad. En todo caso, nada más salir de allí me apresuré a anotar cuanto pude recordar de las cuestiones y argumentos fundamentales que desarrolló.¹⁸

Al asunto de la memoria vuelve Montaigne cuando nos habla precisamente de los libros:

Y si soy hombre de ciertos estudios, soy hombre de memoria nula. Así, no garantizo certeza alguna, si no es la de dar a conocer hasta qué punto llega en estos momentos el conocimiento que tengo. Que no se fijen en las materias, sino en la forma que les doy.

Que vean, por lo que tomo prestado, si he sabido elegir con qué realzar mi tema. Pues hago que otros digan lo que yo no puedo decir tan bien, ya sea por la pobreza de mi lenguaje, ya por la pobreza de mi juicio. No cuento mis préstamos, lo peso.¹⁹

La nota «inscribe» o recrea retazos de la charla, pero la cita no sólo transcribe, sino que es capaz de crear un diálogo dentro de la propia escritura. Ese diálogo que se mantiene a través del uso de citas y textos ajenos trasciende aún más el tiempo y llega hasta el propio siglo XX, que es cuando encontramos una sorprendente cita de Gelio en la novela miscelánea por excelencia: *Rayuela*, de Julio Cortázar.²⁰

¹⁷ Gel. *Praef.* 2.

¹⁸ Gel. 14, 1, 2.

¹⁹ Montaigne, «De los libros» 2, 10.

²⁰ F. García Jurado, «Las misceláneas: Aulo Gelio y la novela experimental», en *El arte de leer. Antología de la literatura latina en los autores Studia Philologica Valentina* Vol. 12, n.s. 9 (2010) 71-83

5. Unas conclusiones

Ambos autores, Gelio y Montaigne, tienen en la conversación el paradigma del aprendizaje y de su propia escritura. Por ello, tratan de recrear en un medio escrito contextos propios de una conversación, bien a manera de evocación de lo vivido, dejando por escrito sus recuerdos, bien mediante un ejercicio simulado de conversación con sus lectores (a partir de la representación de sus propias personas y del uso de una prosa miscelánea, que confiere al lector la libertad de emprender su lectura en cualquier lugar de la obra), o como diálogo con otros autores, gracias al recurso dinámico de la cita ajena. Tales aspectos se convierten en partes inherentes que articulan la capacidad comunicativa de la obra y hacen, además, que la relación entre la literatura y la comunicación no se remita únicamente a circunstancias externas. De esta forma, las fronteras entre oralidad y escritura no son tan estrictas como podríamos pensar en un principio, si bien ambas no pueden ser intercambiables. De esta forma, si volvemos a la carta de Aristóteles transcrita por Gelio, observamos que la aparente paradoja de que sus conocimientos acroamáticos, al quedar por escrito, «ni están publicados ni dejan de estarlo», da cuenta de la sustancial diferencia entre ambas maneras de expresión. La escritura supone un remedio o mal menor para la conservación de la palabra viva, pero no será más que un pálido reflejo de ésta.

del siglo XX. Segunda edición, Madrid, Liceus, 2007, pp. 227-243. Asimismo, Andrea Camilleri tiene un cuento titulado «Lo que cuenta Aulo Gelio» en su libro *Un mes con Montalbano* (Barcelona, Salamandra, 1999, pp. 199-207): «Aquella noche se le caían los ojos de sueño y pensaba apagar la luz y echar un buen sueñecito, pero le llamó la atención un artículo largo dedicado a Aulo Gelio, con ocasión de la publicación de una selección de fragmentos de sus Noches áticas. El autor, después de haber dicho que Aulo Gelio, que vivió en el s. II después de Cristo, compuso su dilatada obra para entretenerse durante las largas noches invernales en su propiedad del Ática, concluía dando su opinión: Aulo Gelio era un escritor elegante de cosas absolutamente fútiles. Sólo cabría recordarlo por una historieta que contó, la de Androcles y el león».

GARCÍA JURADO, Francisco, «La oralidad escrita del saber: Aulo Gelio y Michel de Montaigne», *SPhV* 12 (2010), pp. 71-83.

RESUMEN

La frontera entre el mundo de lo oral y el mundo de lo escrito no es tan nítida como podríamos creer en un principio. Tampoco conviene trazar un simple esquema valorativo de lo oral como algo esencialmente vivo y de lo escrito como algo esencialmente muerto. Hay textos escritos que dejan huellas vivas de una situación oral previa, e incluso textos que no dejan de ser, a pesar de su condición escrita, huellas de un ágil diálogo, real o supuesto, con otros lectores y autores. Este es el caso de los *Ensayos* de Montaigne o, salvando las distancias, de las *Noches áticas* de Aulo Gelio. La explicación de los *Ensayos* a partir de una forma de comunicación propiamente oral, si bien no explícita, supone, sobre todo, establecer una suerte de conversación con el lector (real o implícito) y con los propios autores precedentes. Este diálogo constante entre autor y lector, evidentemente, conlleva ciertas condiciones, como el predominio del yo (la representación del autor como tema mismo de la obra) o la falta de un orden sistemático a la hora de abordar diferentes asuntos. Esto último, además, es algo que ya está implícito en la propia naturaleza de la antigua miscelánea. El estudio conjunto de algunos pasajes de las *Noches áticas* de Gelio y de los *Ensayos* de Montaigne puede ayudarnos a comprender esta difusa dualidad que proponemos entre lo oral y lo escrito. Queremos llevar a cabo en el presente estudio una lectura conjunta de algunos pasajes escogidos para acercarnos a lo que podemos denominar obras conversacionales. Sin recurrir ni Gelio ni Montaigne a maneras propias del lenguaje coloquial (lo que sí hace, sin embargo, Platón en sus diálogos), cabe ver en ellas aspectos que responden a una conversación amistosa y culta que trasciende el tiempo. Esta conversación se manifiesta de maneras diferentes: la conversación –inscrita– como recuerdo, la conversación –imaginaria– con el lector y la conversación –posible– con otros autores.

PALABRAS CLAVE: Aulo Gelio, Montaigne, Escritura, Oralidad.

ABSTRACT

The border between the realm of orality and the realm of writing is not as clear as might appear at first sight. Nor is it useful to schematise the oral as essentially alive and writing as essentially dead. There are written texts that leave traces of a previous oral stage, as well as texts that, despite being in writing, are examples of a lively dialogue, real or imaginary, with other readers or authors. This is the case of Montaigne's *Essays* or – recognizing that the cases are not the same– Aulus Gellius' *Attic Nights*. The explanation of the *Essays* from the point of view of a communication that is in its essence, even if not explicitly, oral implies establishing a form of conversation with a real or imaginary reader and with previous authors. This constant dialogue between author and reader obviously entails certain conditions, such as the predominance of the first person singular (the author represented as main subject of his work) or the lack of a systematic order when discussing different subjects: this last point is already implicit in the ancient genre of the miscellany. The joint analysis of some passages from Gellius' *Attic Nights* and Montaigne's *Essays* can help us to understand the fuzzy duality that we believe exists between the oral and the written. In this paper we will carry out a reading of a selection of passages, in order to approach what we can call «conversational works». While not resorting to a colloquial language (as Plato does in his dialogues), both Gellius' and Montaigne's works exhibit features of a friendly and learned conversation that transcends the limits of time. This conversation manifests itself in different ways: the conversation (registered) as a memory, the (imaginary) conversation with the reader, and the (possible) conversation with other authors.

KEYWORDS: Aulus Gellius, Montaigne, Writing, Orality.

